

EL PEOR SUFRIMIENTO

Gloria Flores Baca

Había un pueblito pintoresco, muy hermoso con sus cerros, sus amaneceres, el canto del gallo y sus casitas humeantes cuando tenían sus fogones prendidos. En ese pueblito vivía Cecilia con sus dos hijitas. Una se llama Micaela, la mayor, es delgadita, bonita, pero de corazón duro; la otra es Gloria, gordita, no bonita, pero con un gran corazón. El papá es un hombre de edad mayor, Antonio, que es padre de crianza, pues en realidad él se unió a Cecilia cuando ella ya tenía a las niñas. Él le compró una casita para sus niñas, en la que tenían una tiendita y unos puerquitos. La casa era grande y las niñas jugaban, reían y disfrutaban de la vida, aunque a Micaela le gustaba estar sola y no compartía con nadie. A Gloria le gustaba que siempre hubiera visitas para compartir todo lo que tenía. Asistían a la escuela y a Micaela le gustaba mucho, pero a Gloria no, pues no quería separarse de su mamá, siempre quería estar con ella y ayudarle a cuidar la tiendita. Quería estar segura de que su mamá estuviera bien y que no se quedara sola por la mañana al despertar. Gloria y Micaela eran muy diferentes, pues mientras Micaela sólo pensaba en estudiar y en hacer su tarea, Gloria, al despertar, salía y se subía a las barditas de los corrales de los puercos para ver los cerros y los tejados de las casitas humeantes, abrazaba a su mamá y le decía lo mucho que la quería, y aunque sentía el rechazo de su madre, eso no le importaba, ella era feliz. Al tomar la escoba se ponía contenta a barrer el frente de

su casa, saludaba a todas y cada una de las personas que pasaban, pues le daba gusto ver a las señoras que venían de moler su nixtamal, a las que traían su canasto de pan, al que pasaba vendiendo camote con dulce, y más feliz se ponía cuando, a lo lejos, por la calle, veía venir a su padre. Ella sentía que su corazón se le salía de gusto, aventaba la escoba y corría a su encuentro. Entraba a su casa llevándolo de la mano y gritaba: “¡Mamá, mamá, mamita!, ya llegó mi papá, dale su jugo. Voy a que mi pollita me dé unos huevitos para el jugo”, y corría por el patio, que tenía un jardín donde había árboles, duraznos, granados, para ver el nido, hincarse al pie y decir: “Hola, pollita, ya llegó papá, ¿me puedes dar dos huevitos para su jugo?”, y metía la mano al nido y subía corriendo con los blanquillos. Se los daba a su madre y, en seguida, iba con su hermana Micaela: “Ven, dale un besito a papá”, pero ella le contestaba muy secamente: “No voy, estoy haciendo tarea”, pues era muy dura de corazón. Aunque Gloria se sentía triste, era feliz sabiendo que tenía una gran madre y un gran padre.

Gloria ayudaba en los quehaceres de la casa. A Micaela le molestaba la forma en que Gloria se comportaba y se la pasaba molestandola. Le rompía su ropa y sus zapatos, pues quería siempre tener y ser la mejor, pero aun con todo eso, no podía ser mejor que Gloria, pues ella tenía un gran corazón, y eso, Micaela, jamás lo tendría.

Así transcurría el tiempo. Mientras Micaela estudiaba y se sentía la mejor, Gloria se alejaba cada día más y más de la escuela; a ella le gustaba ir al corral de los animales a recoger la canasta llena de huevos de las gallinas, acompañar a su papá a revisar a los animales, sentir que era útil, y que así podría agradar a su mamá y a su papá. Ella era muy feliz, pues lo más importante en su vida eran su madre y su padre.

El destino, sin embargo, no siempre es bueno. A veces nos tiende trampas en la vida sin que nos demos cuenta. Aunque Gloria veía que su madre no la quería igual que a su hermana, eso parecía no

importarle, sólo le importaba querer, no que la quisieran. Como un gatito, siempre buscaba que la apapacharan y que le dijeran que la querían, aunque eso nunca pasaba.

Así fue pasando el tiempo, hasta que un día vio que a la tiendita entraba un hombre y duraba mucho tiempo ahí, platicando con su mamá, y que esas visitas eran cada vez más frecuentes y que su madre tomaba más y más. Gloria sufría al ver a su madre así, pero su alegría y felicidad desaparecieron por completo cuando la descubrió besando a aquel hombre que la visitaba en la tienda.

Días después, Gloria se dio cuenta de que su madre tenía relaciones con ese hombre, mejor dicho, que traicionaba a su padre. Ése fue el día más triste de su vida. Aquella niña no alcanzaba a comprender por qué su madre hacía eso. Ese día todo pareció perder el color, la alegría; la niña ya no tenía el ánimo ni aquellas ganas de cantar y jugar, parecía que en un instante todo había terminado. Gloria se veía triste, sentadita en un costal de maíz, donde por las tardes se sentaba su padre. Ella no encontraba la respuesta a su pregunta: “¿Por qué hace eso mi mamá? Ella no puede ser mala”. Parecía, con sólo sentarse en ese costal, que le decía a su padre lo mucho que lo quería y el gran dolor que aquello le causaba. Desde aquel día todo cambió para la niña. Esa tarde ya no esperó en la puerta de la casa a su padre con la alegría de siempre, ahora lo esperaba con tristeza, con un dolor grande en su corazón y con la amenaza que su madre le había hecho. Sabía que tenía que callar por el amor que le tenía a su padre. Aquella tarde cambió su vida. Al ver venir a aquel hombre, cansado por los años y por el trabajo, ella se juró y se prometió que jamás lo haría sufrir. Al llegar, ella lo recibió con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, como queriendo que se diera cuenta de que para ella era la persona más importante del mundo. Esa niña ya no era la misma, ya no se reía, ahora sólo vivía con el miedo a que su madre hiciera sufrir a su padre. Trataba de que su padre no se diera cuenta, de que para él todo siguiera igual, que no notara lo

que estaba pasando, pero el hombre aquel siguió yendo a visitar a su madre. Cada vez era más notorio que entre ellos había algo más que amistad, cada vez fueron más frecuentes esas borracheras, cada vez era más grande el temor de que su padre descubriera que su madre lo engañaba. Todo era diferente. Aquella niña sólo sufría y lloraba sin que se dieran cuenta.

Así fueron pasando los días, hasta que su madre le dijo a Gloria: “Ven, te voy a decir algo y quiero que lo pienses muy bien. He decidido irme con Nati, pues lo quiero mucho, y a tu papá ya no lo quiero”. En ese momento sintió que le atravesaban el corazón, fue un dolor tan fuerte que creyó que se iba a morir. Ella pensaba que tenía que ser fuerte, pues su padre la necesitaba, y siguió escuchando a su madre: “Pero si tú no quieres que me vaya y deje sólo a tu papá, vas a hacer lo que yo te diga”. No pudo más que aceptar la propuesta, pues Gloria también la quería, como quería a su padre, pero no alcanzaba a comprender por qué pasaba eso, por qué, habiendo tantas niñas en ese pueblito, le tenía que pasar a ella que sólo quería ser feliz y alegre. La ilusión había terminado, ahora sabía que todo había cambiado y ya no podría ser feliz, pues vivía con el temor de perder a su madre o a su padre. Los días para ella eran todos grises. Ya no vivía para ser feliz, ahora creía que vivía para cuidar y ayudar a que nadie sufriera y para que su mamá y su papá fueran felices.

Su mamá fue demostrando esa dureza, esa falta de amor hacia Gloria, pues la manipulaba, la chantajeaba, le decía: “Mira, al rato que llegue tu papá, le vas a pedir dinero y me lo vas a dar”. Y así lo hacía. Otros días la acostaba y le decía: “Ahorita que llegue tu papá, le dices que te sientes muy mal, que te dé para el doctor y me lo das”. En otras ocasiones le decía: “Dile a tu papá que irás de paseo, que te dé dinero”, y como todo lo que Gloria le pedía a su padre era como si moviera una varita mágica y todo se lo concediera, fuera lo que fuera, aquel hombre y su mamá empezaron a hacer viajes y a gastar el dinero que Gloria le pedía a su padre. Lo

peor y más doloroso era que, a donde ellos iban, la llevaban para guardar las apariencias. Aquella madre nunca pensó en el daño y el dolor que le estaba causando a la niña, ya que, por el alcohol y el gusto de salir a pasear con su amante, nunca se dio cuenta de lo que sufría al verla tomando con otro hombre y escuchar todo lo que decían, sin importarles que oyera. A la niña le dolía que por esas salidas la separaran de su padre, y lloraba esperando que su madre decidiera volver a casa para verlo de nuevo, abrazarlo y decirle: “Papito, te quiero mucho”. También quería decirle todo lo que estaba pasando, pero sabía que no lo podía hacer, pues tenía miedo de que su madre cumpliera su amenaza.

Aquella niña siguió sufriendo y haciendo lo que su madre le decía. Un día, la madre de Gloria decidió hablar con su marido: “Oye, estoy enferma. Tengo que estar yendo a Guadalajara, al doctor, cada ocho días. Dame dinero para mi tratamiento, pues quiero tener un hijo tuyo”. Él aceptó contento, pues soñaba con tener un hijo de su sangre, sólo puso como condición que la niña la acompañara, pues él sabía y confiaba en que mientras Gloria estuviera con ella, todo estaría bien, no habría mentiras ni traición. En ese momento él tampoco se daba cuenta del daño que le causaba al pedirle eso, pues más le dolía a Gloria engañar y fallarle a su padre. La niña no sabía qué hacer. Así empezaron los viajes cada semana y el alejamiento de aquella niña de su padre. El sufrimiento de aquella niña parecía no importarles a nadie, aunque a ella cada día la mataba del dolor, pero, a la vez, la hacía vivir para cuidar a quien tanto daño le hacía.

La niña perdió la alegría, que ya sólo sentía cada semana, cuando volvía a casa y veía a su padre para decirle: “Papito, te extrañé, quisiera quedarme aquí, contigo, y ya no irme, pero sé que tengo que irme con mi mamá para cuidarla y que así tú estés más tranquilo”. Luego de meses de viajes y mentiras y un gran dolor, la niña se preguntaba: “¿Acaso nací para sufrir, acaso Diosito me mandó a sufrir, a cuidar y no a que me cuiden?, ¿acaso se le

olvidó a Diosito que soy una niña con ganas de ser feliz?” También se preguntaba y le preguntaba a Diosito si se había portado mal, o había hecho algo que lo había molestado y le había prohibido ser feliz.

Un día se dio cuenta de que su mamá estaba embarazada y eso le dio mucho gusto. Sólo esperaba el momento de volver a su pueblito para decirle a su papá que su mamá ya estaba esperando un bebé, pues creía que así tendrían que quedarse en su casa. Pero eso no pasó. Al contrario. La mamá de Gloria le dijo a su papá que el embarazo era delicado y tenía que estar cerca del doctor para seguridad del bebé, y que se tenía que ir a vivir a Guadalajara. También la niña tendría que irse con su mamá y alejarse de su pueblito y de su padre, lo que aumentaría su sufrimiento. Se fue con su mamá a un pueblo que se llama Zamora, rentaron una casa y ahí vivieron durante algún tiempo. Sólo iban a su pueblito los domingos, y sólo veía a su padre un día cada semana, hasta que en febrero nació una linda niña que le trajo un poco de felicidad, pues pensó que ahora sí pronto volverían con su papá.

Cuando la niña cumplió veintidós días, regresaron al pueblito. Las esperaban con mucho gusto, y como le habían hecho creer al señor Antonio que era de él, estaba muy feliz. En ese momento poco tomó en cuenta a Gloria, ya que se dedicó a atender a la nueva niña y a los invitados a la presentación de la nueva bebida. Gloria sintió que nadie la quería, pero pensaba que tenía que estar porque ahora ella cuidaría y querría mucho a su hermanita. Al otro día le pidió a su papá que la llevara a comprar muchas cosas para su hermanita, cosa que el papá le cumplió. Ella seguía con el dolor del engaño del cual su padre era la víctima, y sólo ella lo sabía. Temía que su padre se diera cuenta e imaginaba el daño que esto le haría.

Un día del mes de mayo, estando en su pueblito, llegó su padre por la mañana y tocó. Gloria corrió a abrir la puerta y se dio cuenta de que no estaba bien.

–Apá, ¿qué tienes? –le dijo.

–Me duele la panza.

Ella corrió gritándole a su madre para que viniera pronto. Escuchó que le decía a su madre:

–Tengo un dolor muy fuerte, creo que me voy a morir.

Mientras lo ayudaba a recostarse, la niña sintió que todo se le venía encima, pues ella no quería que eso pasara. Abrazó a su padre:

–Apá, no digas eso, tú eres muy fuerte y por un dolor de panza no te puedes morir. Yo soy niña y, desde hace mucho, a mí me duele el corazón, mucho, mucho, y no me he muerto. He aguantado todo ese dolor, así que tú también aguantas un poquito, pues me haces mucha falta. Te necesito tanto como tú me necesitas a mí. Mira, haz lo que yo hago, para que se te quite este dolor: llora, llora mucho y verás que en cada lagrimita se te sale un poquito de dolor.

–No, hija, el dolor no sale en las lagrimitas. Lo quitan los doctores, mejor voy a verlo.

Y su mamá le dijo:

–Gloria, ve a traer un taxi para que vaya tu papá al doctor.

Salió de su casa corriendo a traer el taxi. Llegó a la plaza del pueblo y se acercó a Zenón. Le explicó lo que necesitaban y le pidió que fueran de prisa. Al llegar a su casa, se bajó del taxi y le dijo a su mamá que estaba el carro en la puerta. Su padre se levantó lentamente y le dijo:

–Me voy hasta Zacapu, necesito que me revisen.

Lo vio alejarse lentamente. Mientras lo veía subir al carro le gritaba:

–Cuídate, que Diosito te cuida y te bendiga; te vienes pronto.

Se quedó muy triste juntando sus manitas y, mirando al cielo, le rogaba a Diosito que su papá se compusiera, que no se muriera.

Transcurrió el día y esperaba que su padre estuviera bien. Por la tarde, lo vio llegar y lo fue a recibir:

—¿Cómo estás, ya no te duele?

—No, ya no me duele, ya me compuse.

Pero al entrar al cuarto, escuchó que su padre le decía a su madre:

—Creo que esto es malo, pues no se me quita ni con medicina. No sé qué me pasa, tengo miedo de que sea algo malo.

La niña lloraba afuera del cuarto y le preguntaba a Diosito: “¿Por qué me pasa esto si soy una niña buena?” Entró al cuarto y, abrazando a su padre, le dijo: “No estés triste, te vas a componer, porque Diosito sabe que te necesito”.

Al hacerse de noche, vio que su padre se levantaba con la intención de irse a su negocio. Ella corrió y le dijo:

—No te vayas, te quiero cuidar.

—Mañana vengo y me quedo todo el día contigo.

Al salir a la calle, estaba su vecino Ángel, que lo saludó:

—Buenas noches, Toño, ¿ya te vas?

—Sí, Angelito, ya me voy, pero te encargo mucho a mi familia y a esta niña que quiero mucho, te las encargo.

Aquella niña se quedó parada en la puerta de su casa viendo cómo se alejaba su padre cada vez más. Con mucha fuerza le gritó: “Apá, que Dios te acompañe, te proteja, te bendiga y te socorra; te quiero mucho”. Así le dijo, sin saber que aquellas serían las últimas palabras que su padre escucharía, pues en la noche se agravó y se lo llevaron de urgencia a Guadalajara, donde le hicieron una operación de la cual ya no se pudo reponer. Antes de que él muriera, llamaba a aquella niña que tanto lo quería. Una persona que se encontraba ahí se dio cuenta de que él pedía papel y lápiz, pues quería escribirle algo a aquella niña, pero nadie se lo quiso dar. Así, sin dejar nada escrito, a los ocho días falleció en la ciudad de Guadalajara, un día 21 de mayo.

La niña esperaba triste y sintiéndose sola el regreso de su padre. Cuando el domingo al mediodía se dio cuenta de que su padre había muerto, sintió que ella también se moría, pero en su cabecita

escuchaba las palabras de su padre cuando le decía: “Hija, cuídame mucho a tu mamá, no dejes que le pase nada”. Aquello le hacía sacar fuerzas para seguir de pie, así como el orgullo de haber aguantado tanto dolor y tantas exigencias de su madre por no darle un dolor y un sufrimiento a su padre. Sabía que todo iba a cambiar, pues la única persona que en verdad la quería ya no estaba. Aunque chiquilla, lo sabía y lo sentía. Le esperaba un gran sufrimiento, y así fue.

No volvió a saber de su padre, ya que en el sepelio no le permitieron verlo. Ahora cree que fue lo mejor, pues tiene el recuerdo de él en su mente, vivo, con una sonrisa al despedirse de ella. Sólo le queda seguir adelante, aguantar más desprecios, pues Micaela, su hermana, la humilla, la hace menos, ya que ella siempre ha sido la consentida de su madre. Como ya no la necesita para sacar dinero ni para esos viajes, ahora recibe también el desprecio de su madre. Cuando se va con ese hombre, ya no se la lleva, ahora la deja bajo el mando de Micaela y la obliga a que haga todo el quehacer de la casa, limpie los animales, haga la comida, sin derecho a jugar ni a salir a la calle, siempre deseando un dulce, un pan, el amor de una familia, el amor de su padre y su madre, que para ella era lo más importante.

Se dio cuenta de que tenía algo que nadie le quitaría, que nadie le pelearía: la soledad, esa soledad sólo era de ella, con ella vivía cada día, cada noche, era su compañía. Sabía y le pedía a Diosito ser feliz un día y decía: “Cuando me case, voy a cuidar mucho a mi esposo. Y si tengo hijitos, los voy a cuidar mucho, nunca los voy a dejar solitos, siempre les voy a hacer de comer, nunca les voy a quitar su dinero, antes les voy a dar, y veré que nada les haga falta”.

La niña sufría cada vez más, pues como el dinero se lo dejaba la mamá a Micaela, cuando Gloria le pedía para comprar algo para cenar en la calle, le decía: “Sólo que me beses los pies, te doy”, y se quitaba los zapatos para que lo hiciera; después le daba para gastar.

Cuando su mamá volvía, ella era feliz, pero cuando escuchaba que se volvería a ir, empezaba su sufrimiento.

–Mamá, llévame, me voy contigo –le rogaba.

–No –era la respuesta.

–Por favor, llévame –suplicaba.

–Sólo te llevo si haces el quehacer y me ayudas a cuidar a tu hermanita.

–Haré lo que me pides, pero llévame –contestaba muy contenta.

Así, aquella niña cumpliría con lo que su padre le encargó: cuidar de su madre y sentir que estaba con ella.

Empezó a viajar con su madre a Zamora, donde vivía con aquel hombre. Aún le dolía verla con él, pero era feliz cuidando a su madre. Conforme el tiempo pasaba, la niña sufría, pues los hijos de aquel hombre le hacían cosas que a ella no le gustaban. Aguantaba todo sólo por estar con ella. Cuando se lo hizo saber a su madre, ella, con voz fuerte y con coraje, le dijo: “Ésas son mentiras, no te creo, y si me vuelves a decir, ya no te voy a traer”.

La niña se callaba, pero en el fondo seguía sufriendo. Pasó el tiempo y su madre se volvió a embarazar. Le dejaba a Gloria todo el trabajo y el cuidado de su hermanita, pero eso no le importaba, ya que ella sólo quería estar con su madre. Llegó el día en que nació su otra hermanita; ahora Gloria ya se sentía grande, como toda una mamá. Ella cuidó a la otra niña, hizo la comida, limpió la casa y se fue al hospital San José, donde se encontraba su madre. A su hermanita le decía: “Hija, si quieres ver a tu mamita, yo te voy a llevar”.

Entró al hospital con la niña en brazos, pero al subir las escaleras la regresaron, pues estaba prohibida la entrada a niños chiquitos. Gloria se sentó a la entrada esperando un descuido. Le preguntó a una enfermera: “¿Me puedes ayudar a subir? Mi mamá está arriba, tuvo a una niña y mi hermanita la quiere ver”. La enfermera era muy buena, y le dijo a Gloria: “Te voy a ayudar. Deja

que no nos vean y, cuando te haga una seña, me sigues”. Y allí estuvo atenta Gloria hasta que, de pronto, la enfermera la llamó y ellas la siguieron. Las llevó por las escaleras de servicio y ya estaba arriba, entrando al cuarto donde se encontraba su madre. Al entrar, su hermanita de sólo dos años gritó: “¡Amá!”; al escucharla, Gloria supo que había valido la pena arriesgarse a subir a escondidas, pues en realidad su hermanita tenía muchas ganas de verla. Después de que su madre las vio y le dio un besito a la niña, Gloria le dijo: “Amá, ya me voy, pues si me descubren me van a regañar”. Volvieron a bajar por donde subieron y nadie lo notó, pues la enfermera le ayudó. Hoy en día ella cree que fue un ángel que le ayudó a entrar para que su hermanita no estuviera triste. Así pasaron dos días. Para cuando su madre salió del hospital y regresó a su casa, Gloria se sentía muy feliz, pues ahora ya tenía otra hermanita y, lo que era mejor, siempre pensó que aquellas niñas sí la iban a querer.

Fue pasando el tiempo y ella seguía yendo y viniendo con su madre, pues ahora le ayudaba mucho con el quehacer y a cuidar a las niñas. Gloria crecía y le llamaba la atención tener amigas y le empezaban a gustar los chamacos. Sin que se diera cuenta, estaba pasando a ser una adolescente. Por fin se decide y espera el momento para hacérselo saber a su madre. Después de ayudar en los quehaceres y de dormir a sus hermanitas, se sienta cerca de ella y le dice: “Necesito pedirte permiso de salir a platicar con mis amigas todos los días por la noche”. Su madre lo piensa por un momento, pues a lo mejor se daba cuenta de que algo estaba cambiando en aquella niña. Era notorio que la propuesta no era de su agrado y, con voz entrecortada por el coraje de no poder negarse, volteó y le dijo:

–Está bien, pero si te doy el permiso es con una condición.

Gloria sintió gran felicidad, aunque sabía que lo que la madre le pediría no iba a ser algo fácil.

–Dime, mamá, ¿qué tengo que hacer? Tú dime.

—Desde mañana te encargas de todo el quehacer, les haces el alimento a tus hermanas y, antes de salirte a la calle, las tienes que dejar dormiditas y, si no las duermes, las sacas contigo.

Eso no iba a ser obstáculo para que Gloria pudiera salir con sus amigas. Así lo hizo muy contenta. Empezó a hacer los quehaceres de su casa, bañó a sus hermanitas, les hizo el alimento, y ya por la noche empezó a dormirlas, logrando así el permiso de su madre.

Ella estaba contenta, pues ya se sentía grande. Fue pasando el tiempo, había días en que las podía dormir y días en que las tenía que sacar con ella, pero aun así era feliz. Conforme los días pasaban, empezó a cambiar de pensamientos. Aún le dolía el alma, pero llegó el día en que su madre ya no la llevó con ella. Se quedó en su pueblito, aunque triste, pero con la ilusión de convivir con sus amigas y estar en su casa, pero en el fondo de su corazón tenía una gran tristeza, pues sabía que su padre ya no estaría allí para verlo llegar; tampoco estarían sus hermanitas para cuidarlas, ni su madre. Con ella sólo estaría una gran soledad. También entendía que ya era tiempo de quedarse en su pueblito. Ahora a quien tenía que cuidar era a su hermana Micaela, pues sabía que también a ella le hacía falta, ahora a ella era a quien le hacía de comer, le lavaba su ropa, le hacía el quehacer, la esperaba a la hora que salía de la escuela para darle de comer. Sabía que ella también la necesitaba, aunque Micaela era mala con ella, le gritaba, le pegaba, la encerraba; había veces que la castigaba sin comer, pero a Gloria no le importaba, pues era feliz a su manera, y más sintiendo y sabiendo que era útil, porque ella era feliz haciendo felices a los demás.

Pasó el tiempo y se dio cuenta de que su hermana cumpliría sus quince años. Ella escuchaba a su madre y a su hermana hablar de los preparativos. Acompañó a su madre a apartar un gran salón de fiestas donde se celebraría el evento, después fueron a un rancho a contratar un grupo musical. Gloria estaba contenta de ver cómo llegaba ese gran día, y lo mejor era que ahí estaba su madre. Por

fin sentía que eran una familia, su madre no se iría, por lo menos hasta que pasara ese gran día. Así, entre las prisas y el trabajo de hacer regalos, adornos y ensayar el vals –en el cual Gloria también participaría–, ella tenía una gran ilusión. Así transcurrían los días y, cuando menos lo esperaba, ya le estaban haciendo a Gloria el vestido que llevaría a la fiesta, y a Micaela se lo compraron. Gloria veía aquel vestido como algo muy especial, recuerda que era rosa, con muchos detalles, y le decía a su hermana Micaela: “Te verás hermosa el día de tus quince años”. Micaela respondió: “Claro, pues soy hermosa, y como mi mamá está orgullosa de mí, me hará fiesta”. Entre gran regocijo, la víspera del gran día todo era correr de un lado a otro para arreglar todo y preparar pasteles, gelatina, y aventajar lo que sería el gran banquete. Para Gloria todo era como un sueño, un cuento de hadas, pero lo que más alegría le daba era ver a su madre en casa, se sentía feliz, pues su casa estaba alegre, llena de tíos y tías que habían llegado para estar presentes en aquella celebración. Empezaron a arreglarse y de pronto se escucharon las campanas de la iglesia; ya era hora de ir a misa. Su madre ayudó a Micaela a subirse a aquel carro que le tenían arreglado con flores y papeles; se veía muy bonito, pero se veía más hermosa Micaela, y todo era mejor al ver a su madre participar en todo aquello. Parecía que Gloria disfrutaba más aquel día que su hermana. Partieron a la iglesia, los invitados ya se encontraban presentes. Gloria siempre con una gran sonrisa saludaba a los que las acompañaban. Al terminar se dirigieron al salón donde sería la fiesta. Cuando llegaron, ya había mucha gente, también estaban los músicos. Gloria recuerda que, cuando entraron, todos se quedaron callados. Se escuchó la diana que los músicos tocaban. Para Gloria aquello no dejaba de ser como un sueño, pero hecho realidad. Cuando la hermana y su madre les dieron las gracias, se empezaron a acomodar, pues iban a bailar el vals, era el *Danubio azul*. Gloria lo bailó como si ella fuera la quinceañera, feliz. Sirvieron la cena y el pastel con gelatina, y

todo era felicidad, hasta que se terminó la fiesta. De regreso a su casa, Gloria iba triste, pues sabía que su madre se volvería a ir. En unos días, se quedó nuevamente con su hermana Micaela, pero Gloria trataba de no pensar tanto en aquella soledad que parecía envolverla, que la hacía sentirse tan pequeña que creía que para nadie existía. Se desafiaba de sus recuerdos, pues vivía más de ellos que de la realidad.

Empezó a platicar con un chamaco, decía que era su novio, pero Gloria pronto se desilusionó. En una de las visitas que su madre le hacía, la mandó a comprar enchiladas. Era un 14 de febrero, y Gloria se encontró al chamaco que traía en las manos una cajita. Cuando vio a Gloria con el plato de enchiladas, le dijo:

–Mira, Gloria, este es tu regalo, ¿tú qué me vas a dar?

–Yo no tengo regalo.

–No te apures, tú me das las enchiladas y yo te doy el regalo.

–No puedo, son de mi mamá.

–Bueno, si no me las das, no te voy a dar nada. Y aquí traigo una pulsera y un anillo.

–Está bien, te las voy a dar, pero tú me das el regalo –dijo, después de pensarlo.

Así lo hizo, y recibió aquella cajita que con ilusión llevó en sus manos. Al llegar a su casa, su madre le preguntó dónde estaban las enchiladas.

–Se las di a Israel, pues él me dio este regalo, ¿no ves que es una pulsera y un anillo?

Su madre, molesta, le dijo:

–Muy bien, eso vas a comer tú.

Gloria se apresuró a abrir la cajita y cuando lo hizo, lloró y lloró, pues eran sólo unos cuantos dulces. Muy triste y enojada, porque la había engañado, dijo: “Mamá, tenías razón. Esto es lo que voy a comer”, pero su madre la mandó a comprar más enchiladas. Gloria le prometió que no volvería a creer ni a platicar con aquel chamaco.

Pasó el tiempo. La mamá de Gloria se volvió a embarazar, pero, por cosas de la vida, se tuvo que venir de Zamora a su pueblito, esta vez para no volver a irse. Gloria estaba feliz porque su madre estaría con ella. Empezó a contar los meses, pues pronto cumpliría sus quince años. Tenía mucha ilusión y cada día se preguntaba si ella también tendría su fiesta, pero no se atrevía a decirlo, pues tenía miedo de la respuesta de su madre. Dejó pasar unos días y le preguntó. Su madre contestó con voz cortante y fría: “Mira, estoy embarazada y no puedo andar yendo y viniendo. No voy a poder hacerte tu fiesta, pero si quieres, hazla tú, organízala tú misma”. Aquellas palabras le atravesaron el corazón a Gloria, pero como quería tanto a su mamá, sólo dijo: “No te preocupes, mamá. Lo importante es que estés bien y que me des permiso de que yo la organice. Con tu permiso, la voy a hacer”.

Gloria pensó cómo hacerla, a quién le diría. Le platicó a Licha, su amiga, y empezó a buscar padrino de baile. La persona que eligió contestó que con mucho gusto le llevaría un órgano; ella se puso muy contenta. Después le habló al novio de su amiga Chepina para padrino de pastel; también le dijo que sí. Gloria estaba cada día más contenta. Buscó a sus padrinos de bautizo y les pidió que fueran sus padrinos de velación, o sea que pagarían el arreglo de la iglesia. Ellos dijeron: “No te preocupes, hija, arreglaremos lo de la iglesia, y como no te dimos zapatos ni ropita cuando te bautizamos, también te vamos a comprar tu vestido y tus zapatos”. Gloria pensó en que ya tenía lo más importante para su fiesta. Después, entre sus amigas, a una le habló para madrina de cojín; a otra, para madrina de libro y rosario; a otra, para madrina de copas; a otra, para madrina de álbum; a otra, para madrina de ramo. A otra persona le pidió ser su padrino de vino, y aceptó. Le prometió llevar también refrescos.

Gloria tenía ya casi todo para su fiesta, ahora faltaba la cena y dónde haría la fiesta. Cuando casi llegaba el día, pensó: “No debo preocuparme, si no tengo salón, la haré aquí, en la calle, y de cenar haré unas tostadas de ensalada”.

Todo estaba casi listo. Sus padrinos fueron por ella, la llevaron a comprar sus zapatos y su vestido, aunque no igual de bonito que el de su hermana, pero estaba feliz de tenerlo; era azul.

Veía pasar los días con tanta ilusión que ya no tenía ningún rencor contra su mamá, pues el amor que le tenía era más grande. A sólo unos días de la fiesta, le preguntó si la acompañaría a misa:

—No puedo, ¿no ves que ya casi me alivio?

—No te preocupes, mamá, lo más importante es que estés bien. Si tú estás bien, eso me hace feliz.

Gloria sabía que iría sola a misa, y a veces se preguntaba por qué le pasaba todo eso a ella, ¿acaso Diosito no quería que ella fuera feliz?, pero siempre terminaba dándole gracias por todo lo que le daba.

El día tan esperado llegó. Gloria, desde temprano, empezó a preparar todo para la fiesta de la noche. En lo que ella se arreglaba, llegó el pastel, el vino y los refrescos. Se fue a la iglesia y ahí estaban sus padrinos esperándola, y todas sus amigas y el joven que sería su chambelán. Estaba feliz, aunque en el fondo estaba triste, pues su madre no la acompañó.

De regreso a su casa, ya estaban ahí muchos invitados, y el órgano. Al llegar Gloria, lo primero que vio fue a su madre parada en la puerta y eso la puso feliz, sintió que su madre sí la quería. Empezó la fiesta. Gloria bailó el vals y les sirvió la cena: tostadas de ensalada, refresco, y siguió el baile. Todo estuvo bien.

Como al mes, un día despertó a la una de la mañana y se dio cuenta de que su madre no estaba acostada. Gloria se levantó rápido y fue a buscarla. Ya había tenido a su nueva hermanita, pero las cosas no estaban bien. Su hermana Micaela tenía a la bebida en los brazos y su madre se quejaba con unos gritos muy fuertes, de dolor. Se acercó y le preguntó: “Mamá, ¿qué tienes, qué te pasa?” No le dijo nada, pero se dio cuenta de que algo muy malo estaba pasando. Trató de salir a hablarle a la partera, pero su madre le dijo a Micaela: “No dejes que se vaya, no la dejes ir”. A Gloria

no le importó y, escondiéndose, salió corriendo, como queriendo volar. Llegó con la partera y le gritó. Cuando se asomó, Gloria le dijo: “Oiga, mi mamá está muy mal, por favor, venga. Vamos a que la vea”. La mujer salió de prisa y fueron a casa de Gloria. Al llegar, la mujer vio que la madre de Gloria estaba muy mal y le dijo: “Necesito que traigas a un doctor, pero rápido”. Aunque eran las tres de la mañana, a Gloria parecía no importarle, y sola, por las calles, corría buscando un doctor. Encontró la casa de uno y tocó cada vez más fuerte. Una voz se escuchó:

–Un momento, voy, ¿qué se le ofrece?

–Por favor, ayúdeme, mi mamá está muy grave.

–¿Qué pasa?

–Mi mamá tuvo una niña, pero está muy mal. La partera dijo que tenía una hemorragia muy fuerte.

El doctor tomó su maletín y lo que ocupaba y salieron corriendo. Pronto estuvieron en su casa, y el doctor, al entrar, vio a la partera y le dijo: “Por tu culpa. Si pasa algo, tú serás responsable”, pero pronto estaba poniendo suero e inyectando a la madre de Gloria. Cuando el peligro pasó, el doctor dijo: “Ya pueden entrar”. Vio a su madre que estaba mejor y el doctor le dijo: “No te preocupes, ya está bien. Ahora necesito que vengas conmigo para buscar las medicinas que tu madre necesita”. Gloria volvió a salir con el doctor y, sin importarle la hora, anduvo de farmacia en farmacia hasta que encontró las medicinas. Eran las siete de la mañana. Gloria se dirigió a su casa y, por el camino, le compró un atole y unos panes a su madre. Se sentía muy contenta, pues sabía que había hecho algo muy importante, y con eso cumplía la promesa hecha a su papá de cuidar a su madre, aunque, al parecer, nadie lo había notado.

Gloria empezó a tener novio, pero no era fácil, pues había muchas cosas que hacían que ella siempre se sintiera triste, angustiada, con un gran miedo de volver a quedarse sola que no permitía que estuviera tranquila; sus noviazgos no duraban mucho. Fueron pasando los meses y los novios, hasta que conoció a Agustín.

Así empezó un noviazgo que sería el último, pues cuando tenían algunos meses de salir, él quiso llevársela a fuerza. Gloria le dijo:

—No, yo no me puedo ir contigo. Debo estar con mi mamá, y si alguien en verdad me quiere y se quiere casar conmigo, me tiene que pedir.

—Pues yo te quiero y te lo voy a demostrar. Avísale a tu mamá que va a ir mi mamá a pedirte.

Gloria no quería, pues ella sólo lo había dicho para que la soltara. Al llegar a su casa se sentía muy nerviosa y preocupada. No podía decirle a su mamá que la iban a pedir, así que no le avisó pensando que no irían.

A media semana, un día, de pronto, llegó la madre de Agustín y encontró a Gloria en la puerta.

—Buenas tardes, ¿se encuentra tu mamá?

—Sí.

—¿Le puedes decir que necesitamos hablar con ella?

Gloria sentía que se le salía el corazón, pues no le había avisado a su madre. No sabía qué decir, así que fue y le dijo:

—Mamá, te hablan en la puerta.

—¿Para qué me quieren?

—No sé; ¿qué les digo?

—Hazlos pasar.

Gloria salió y les avisó que su madre los esperaba. Los dejó a solas con su madre y se retiró, sentía que el mundo se le venía encima. De pronto vio venir a su madre muy molesta:

—Ven acá, no es a mí a quien le hablan, es a usted, así que venga para acá —y dándole un fuerte pellizco se la llevó hacia donde se encontraban las personas. Al entrar les dijo—: ahora sí, díganle a qué vienen.

—Pues Agustín nos mandó a pedirte, dice que ya sabes, que tú y él se pusieron de acuerdo y que ya se quieren casar.

—Pues yo ahorita no me quiero casar, así que pondré un plazo de ocho meses.

A aquellas personas no les pareció, pues se les hacía mucho el tiempo que Gloria había fijado.

Después de hablar, se despidieron y dejaron a Gloria más preocupada que antes. Se sentía muy triste y preocupada; su madre la trataba con gran indiferencia. Parecía que aquello le molestaba mucho. Gloria abrazaba a sus hermanitas y lloraba, pues pronto ya no estaría con ellas y eso le dolía. Laura y Ceci le decían mamá, pues eso había sido para ellas. A los pocos días, Gloria recibió una visita. Eran las personas que la habían ido a pedir. Se apresuró a preguntar qué se les ofrecía, y la respuesta fue que le iban a avisar que en una semana se casaría por el civil. Sintió que todo se le venía encima. A la semana se casó, muy triste, pues iba con uno de sus vestidos. No le compraron nada, no recibió la alegría de tener sus donas, su ajuar para casarse, ni hubo celebración ni invitados. Se casó en la Presidencia municipal y de ahí fueron al templo, a la notaría, para presentarse en la iglesia y de allí a su casa. Gloria sufría y sabía que no iba a ser feliz, que todo estaba mal, pues nada estaba hecho a su voluntad.

Pasó el tiempo, y Gloria veía con gran tristeza que no le compraban su vestido de novia. Un día le dijo a su mamá:

—Creo que no me quiero casar.

—Y eso ¿por qué? Ahora te tienes que casar.

—Pues no tengo vestido.

—Tú te casas, aunque yo te haga el vestido.

Y empezó a hacerlo. Mientras los días pasaban, sus amigas le hicieron su despedida de soltera y le dieron regalos. Llegó el día de entregar el rezo; Gloria y Agustín fueron a entregarlo. Gloria dijo: “Mandas el carro para arreglarlo, para que me lleven a la iglesia”. Al otro día, Gloria lloraba, pues no se quería casar. La misa era a las diez de la mañana, era tarde y no llegaba el carro. Gloria no se arreglaba. Su mamá la empezó a arreglar, mandó por un carro y así llegó al templo. Muy tarde, pero se casó.

Al mes o los dos meses de casada, se separó de Agustín, pero quedó embarazada y se fue a vivir con su mamá, y le cuidaba la

tienda. Nació su bebita, Juanita, que trajo para Gloria mucha alegría, pues esa bebita sí la iba a querer. La llevó a registrar y, aunque le pagó a su padre Agustín para que le registrara, eso no le preocupaba. Para bautizarla sí empezó a sufrir, pues Agustín no quería saber nada de la niña, aunque le suplicaba que la ayudara. Gloria se fue sola a las pláticas, habló con el sacerdote y le pidió que le ayudara. El cura, al ver que Gloria se lo pedía con el corazón, aceptó y bautizó a la niña.

Gloria siguió en casa de su madre y le ayudaba con el quehacer y así se ganaba el taco y el techo para ella y su niña. Del papá de su hija no volvió a saber nada, y se dedicó a cuidarla, así como a sus hermanas.

Un día 11 de diciembre, como a las ocho de la noche, llegó un joven a comprar vasos desechables. Gloria sintió que eso que estaba sintiendo era amor a primera vista y, de forma discreta, le coqueteó. Fue correspondida, y desde ese momento nació una amistad que se volvió una relación de amor. Al darse cuenta la madre de Gloria, la humilló, la corrió, la golpeó y le exigió que dejara de ver a aquel joven.

Gloria decidió irse a vivir con él. El día que Gloria salió de su casa con su bebita, su madre la maldijo por irse con aquel hombre, que nunca sería feliz, que siempre sufriría y lloraría lágrimas de sangre. Le dijo que nunca volviera, que hiciera de cuenta que acaba de morir su madre. Aunque a Gloria, le dolía todo aquello, siguió adelante. Lo que no sabía era que, al cruzar aquella puerta, empezaba el peor sufrimiento, pues en la casa de José Luis, aquel joven del que se enamoró, nadie de esa familia la veía con buenos ojos. La corrían, le negaban un taco cuando José Luis no estaba, la echaban a la calle hasta que él llegaba. No le decía nada para no preocuparlo, hasta que un día los corrió la mamá de él y se fueron a vivir con una amiga. Gloria les hacía el quehacer y les lavaba, pero José Luis empezó a traicionarla y andaba con una y otra. Gloria aguantaba todo por el amor que le tenía.

Un día llegó su madre con su comadre Margarita, y le dijo:

–Vengo a que me dejes ver a la niña.

–Está bien –le contestó.

–Por favor, deja que lleve a la niña para comprarle zapatos.

Gloria le dijo que sí, pero como a la hora de habérsela llevado, llegó un licenciado y le dijo que la acompañara a la oficina del DIF. Ahí estaba su madre y la obligó a firmar un papel donde le quitaba a su hija. Gloria regresó a donde vivía, triste y llorando, pues le acababan de partir el corazón.

Le dijo a José Luis lo que pasaba, pero Gloria no podía con tanto dolor. Sólo lloraba y sufría. Iba a casa de su madre, pero la corrían, no la dejaban ver a su bebita. Había días en que sólo se conformaba con verla de lejos y se regresaba llorando por su hija. Al llegar a donde vivía, empezaba el dolor de ver que José Luis la engañaba. No podía creer que todo eso le estuviera pasando en tan poco tiempo.

Gloria buscó una casita para irse a vivir. Cuando halló una, la rentó. La casita estaba para la cuevita, allí se fue a vivir con José Luis. Intentó acercarse a su mamá, hasta que una vecina la llevó a su casa y le dijo que la perdonara, que la dejara ver a su hija. Así tuvo su perdón y el permiso para ver y estar cerca de su bebita; eso era lo único que la hacía fuerte, aunque sufriera tanto. A veces se la llevaba y dormía con ella, o la tenía todo el día; eso le ayudaba a soportar la pena y el coraje de saber que José Luis tenía amores con otras. No tenía paz.

Se cambió de casa, a la esquina del mercado, y quedaba más cerca de la casa de su madre. Empezó a salir adelante, puso un negocito y se embarazó, pero no se lo dijo a José Luis, pues él andaba con Catalina, amiga de la mamá de él. Ella siempre estaba en casa de la suegra, y así José Luis la veía todos los días. Un día lo encontró besándose con Catalina, Gloria salió corriendo, fue a casa de su madre y le dijo:

–Perdóname, tenías razón, vi a José Luis besar a otra mujer. Ya no puedo más, pero lo quiero tanto que no lo puedo dejar.

Su madre le pidió que no llorara, que viera que ella era bonita, que José Luis no la merecía. Aun así, Gloria no lo dejaba, y siguió soportando todo.

Su madre la invitó a pasar unos días en La Paz, Baja California, y Gloria la acompañó. José Luis se quedó solo en su casa, pero todos los días le hablaba. Cuando Gloria regresó, lo encontró enfermo y, según él, extrañándola mucho. Gloria le creyó y siguió adelante con él, pues él decía que iba a cambiar. No fue así. Él seguía con una y otra y otra, se iba y duraba tres o cuatro días en volver, se gastaba el dinero de Gloria, la golpeaba, la humillaba, y Gloria seguía con él.

Llegó el día en que él supo que sería papá, cuando Gloria tenía seis meses de embarazo. Él era duro con ella por haberse embarazado, pero también deseaba a ese bebé, aunque no se le quitaba el gusto de andar con otras.

Gloria dio a luz a una linda niña a la que le puso Lupita; ahora era un poco más feliz, pues tenía a Juanita y a Lupita, y aunque sufría tanto, sus hijas eran la luz de su vida.

José Luis empezó a cambiar un poco, pues se sentía feliz con su Lupita. Entre más traiciones de José Luis y la dicha de tener a sus dos bebitas, Gloria era feliz a su manera. Se volvió a embarazar, y aunque José Luis seguía con una y otra, Gloria seguía amándolo.

Tuvo a su otro hijo, ahora un hermoso bebé, un hombrecito, que vino a llenar de luz, alegría y dicha a Gloria y a José Luis. Éste como que empezó a cambiar un poco, pues era muy feliz con sus hijos, pero lo enamorado no se le quitaba.

La relación de Gloria con su mamá y sus hermanitas era mucho más bonita, ahora ellas también querían a sus niños. La vida empezaba a cambiarle un poco a Gloria.

Lo que no se imaginaba era que muy pronto empezaría lo peor de su vida, pues su madre tenía un compromiso con unas personas que a toda costa querían perjudicarla, pero Gloria se hizo responsable y, en vez de que detuvieran a su madre, se la llevaron

a ella el 6 de diciembre de 1990. Eso vino a traer más sufrimiento a Gloria, pues ahora estaba en la cárcel. Lo que le dolía eran sus hijos, así que pidió permiso al director de tenerlos con ella, y gracias a Dios se lo dieron. Su madre no la dejó sola, le mandaba todo lo que necesitaba para ella y sus hijos. Sabía que José Luis andaba con otras, pero lo seguía queriendo.

En 1991 o 1992, hubo una fuga de reos y, en el momento de los balazos, quedaron las puertas del Cereso abiertas y sin ningún custodio. Gloria, por el amor a sus hijos, perdió el miedo y cerró las puertas, con lo que evitó que más reos se escaparan. No le importó poner en riesgo su vida y avisó a las autoridades de la fuga. Eso nadie lo supo nunca, así que nadie se detuvo a darle las gracias o a valorar lo que aquel día había hecho.

Con las visitas de José Luis, la ayuda de su madre y la dicha de tener a sus hijos con ella, pasaron tres años. Un día su madre se fue a Morelia, Michoacán, a ver por qué no había una sentencia para Gloria, ¡y vaya sorpresa cuando regresó con la libertad de Gloria! Le dijeron que no tenía que estar allí y creyeron que todo era felicidad. Gloria salió libre con mucha fe y ganas de salir adelante. Se fueron a vivir con su madre y José Luis, y allí se acomodaron. Se pusieron a trabajar, a vender comida, a salir adelante, pero los abogados que habían hecho la demanda estaban muy enojados con Gloria por no haber dejado que apresaran a su madre. Empezaron a molestar a Gloria, a ocasionarle problemas, a no dejarla en paz; ella creía que podía soportar todo lo que pasaba, aquella pobreza en la que vivía, el rencor y coraje del abogado Alejandro Raya, de Janamutato, Michoacán, pero no, eso no era todo. Su madre se enfermó en julio de 1994. Unos años después de que Gloria saliera de la cárcel, aquella enfermedad se agravó, era cáncer. Supo que pronto se quedaría sin ella, así que ahora menos que nunca se arrepentía de haber estado tres años en la cárcel por salvarla.

Gloria pasó un año en altas y bajas con la enfermedad de su madre, y el coraje y el dolor de que José Luis seguía mintiéndole y

traicionándola, pero con la dicha de que tenía a sus hijos. Llegó el día que Gloria menos deseaba. El 20 de junio de 1995, a las once cuarenta y cinco de la mañana, murió su madre; para ella fue lo más triste, pues murió en sus brazos, diciéndole cuánto la quería y llenándola de bendiciones.

Para Gloria parecía terminar todo, pero saber que sus hermanitas la necesitaban le daba fuerzas para salir adelante y tener valor para ver por sus hijos. Gloria luchó para salir adelante y apoyar a sus hermanitas, pues a Micaela, la hermana mayor, parecía importarle poco.

Gloria trataba de que a sus hermanitas no les faltara nada, que nadie las humillara, así que empezó a cuidarlas y a defenderlas de toda la gente, pues como a ella le hacían tanto daño, no quería que a sus hijos o a sus hermanitas les hicieran lo mismo.

Aquel abogado seguía haciéndole daño, y buscando que todas las personas desconfiaran de ella. Para Gloria no era fácil la vida. Había veces que sentía que no podía más, que todo terminaba, pero pensaba en sus hijos y hermanitas y eso la hacía volver a levantarse.

En 1997 Gloria hizo un viaje a La Paz, Baja California, y cuando regresó tuvo problemas con aquel abogado. Mientras no estuvo, él juntó a algunas personas para dañarla. Con mentiras y por los antecedentes de Gloria de haber estado presa tres años, la detuvieron, y aunque no era cierto de lo que la acusaban, no le creyeron. Estuvo presa unos cuatro o cinco meses y salió el 22 de noviembre de 1997. Se volvió a reunir con sus hijos y sus hermanas, pero llevaba muy dentro de su corazón las palabras de un juez que fue muy justo y creyó en ella: “Mejor vete de aquí, de Puruándiro, pues ese abogado nunca te va a dejar en paz. Quiere verte destruida por no haber dejado que encerraran a tu madre, ya que eso no te lo perdona. Piénsalo, aquí nunca te dejarán ser feliz. En lo que yo esté aquí, no te volverán a detener, porque eso sería una injusticia, pero cuando me vaya, ten cuidado”. Gloria se

quedó con esas palabras, pues sabía que aquel señor sabía lo que le decía; su nombre no lo digo por respeto. El tiempo en el que estuvo ese juez todo se mantuvo bien, pero un día lo cambiaron y se notó la maldad, pues nuevamente comenzó todo. Volvieron a detener a Gloria, acusada de cualquier cosa. Llegó el año de 1999, en mayo, y aquel abogado trató de perjudicarla una vez más. Ella se fue a buscar al juez, aunque lejos de Puruándiro, para que le diera un consejo. Lo encontró, y él le aconsejó alejarse de esas personas, en especial de Alejandro Raya. Aunque le dolía y se le partía el corazón, Gloria se fue. Primero duró como quince días en Zamora, y de ahí se fue a Irapuato. Allí empezó una nueva vida, pero con el paso del tiempo, empezó a vivir muy diferente, tranquila, José Luis ya no la traicionaba, sus hijos ya comían y vivían en paz, aunque estaba lejos de sus hermanas y eso la hacía sufrir mucho. Tenía que soportar, pues debía estar lejos de aquel abogado.

Gloria por fin estaba sin miedo y sin el dolor de que José Luis la traicionara, ahora sentía que por fin vivía en paz, pero enfermó. Tenía una fuerte depresión, estaba traumada por tanto sufrimiento desde niña. Ahí no terminaba la pesadilla, tuvo que ir al doctor, que la mandó con una psiquiatra, Carolina Arredondo, que estaba en el edificio Biblos, enfrente o a un lado de la Comercial Mexicana de Irapuato. Esa doctora le dijo que tuviera mucho cuidado, pues tenía una enfermedad que la traicionaba y la hacía darle a la gente lo que pidiera, que esa enfermedad daba mucho miedo, y que no se podía decir no, que mejor se retirara de las personas que conocía y que a nadie le dijera que estaba enferma.

Gloria confiaba en toda la gente, y un día conoció a unas personas que le hicieron mucho, pero mucho daño, pues le estuvieron robando. También al abogado que buscó para que la ayudara, y al que le confió parte de su vida, utilizó la información para extorsionarla, y le pedía dinero, muebles, aparatos eléctricos, a cambio de no hacerles daño a su esposo y a sus hijos, y de no buscar al

abogado aquel. Gloria, por miedo y porque aquel tipo no lastimara a su familia, empezó a dar y a dar todo lo que le pedía, hasta que un día una abogada fue a embargarla, pero no la encontró.

Gloria fue a verla, pero iba tan mal, que la abogada le preguntó qué le pasaba. Aunque Gloria no quería hablar por miedo, Vero, la esposa de *El Güero*, le dijo: “Le dice usted o le digo yo; usted decide”, y así empezó Vero a contar todo lo que le pasaba. La abogada quedó sorprendida y aconsejó a Gloria que denunciara al abogado. Gloria pensó que sería lo mejor y así lo hizo, pero el tal Martín Arturo Negrete Chávez, le dijo que se arrepentiría, pues él la iba a destruir, aunque se llevara toda la vida, lo iba a lograr.

Él sabía todo lo que me había pasado y tenía los datos de todas las personas de acá, pienso que él está en todo esto, y como tenía nombres, direcciones y conocía los hechos, pudo perjudicarme fácilmente.

Me detuvieron el 22 de abril de 2008 sin orden de aprehensión y diciendo puras mentiras y contradicciones para que me dejaran aquí. Me sentenciaron a seis años y dos meses, y desde el primer día he sufrido mucho, pues la custodia Hortencia se encargó de que el director Trino no me diera visita conyugal por seis meses. Llegó otro director y él me puso en la cocina, pero la custodia se encargó de ponerme en mal con él, y empezó a darme mal trato, a exigirme dinero y a abusar de mí si no le cumplía. No dejaba pasar a mi familia ni me daba permiso de hablar. Al sentirme tan mal y desesperada, me quejé y despidieron al director, pero no a la custodia Hortencia; ella me estafó y me robó un terreno que no me quiere devolver ni pagar. Me han castigado varias veces por su culpa, pero ella sigue y a mí me tienen viviendo en el terror de que me van a trasladar. Hortencia me hace muchas cosas y dice que no me va a pagar nada, y que de su cuenta corre que antes que ella, salgamos dos o tres de aquí, pues ella y los custodios Tigre Felino, Pez y Arturo, son iguales, aunque creo que este último ha cambiado un poco. Zorro, Jaguar, Lince y Lobo son diferentes,

ellos sí escuchan y no se burlan de mí como los demás. Estoy pidiéndole a Dios que me ayude a soportar tantas amenazas y maltratos y el miedo a que me trasladen. Nadie sabe lo que sufro por culpa de Hortensia, que me está robando mi terreno; es todo lo que tengo.

Dejemos lo demás para la segunda parte; en ésta son veintisiete hojas y todas las hice yo.

Centro Preventivo Puruándiro
Puruándiro, Michoacán